

EL EDUCADOR ILUMINADO



Alberto Gárate Rivera

Colección "Educar desde el espacio que elegimos"


CETYS.
UNIVERSIDAD

El educador iluminado

Texto de Alberto Gárate Rivera
Ilustraciones de Carolina Gárate Rivera
Edición y formación de Néstor de J. Robles Gutiérrez

Colección “Educar desde el espacio que elegimos”
Programa Editorial del CETYS Universidad
Mexicali, Baja California, México, julio de 2017
Primera edición digital, septiembre de 2018

www.cetys.mx/programa-editorial/
programa.editorial@cetys.mx

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons



Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Sor Juana escribió, hace más de 300 años, este soneto que me queda justo como epígrafe:

*En este libro casi nada es propio;
con ajenos pensares pienso y vibro,
y así, por no ser mío y por acopio,
este libro es quizás mi mejor libro.*

Este texto plantea una tesis: el profesor que es tal, que está dentro o muy cerca de ser un educador, es un profesional iluminado. Esa condición le viene de una doble circunstancia: los atributos que él posee y los elementos que le proporciona el contexto/espacio en el que desarrolla su práctica docente. La tesis cobra sentido cuando se afirma que el CETYS, como institución escolar, aporta luces, intensas en momentos y de regular luminosidad en otras, para que el profesor ascienda a nivel de educador. Pero no todos se ven atraídos con la misma fuerza por esas luces. Evidentemente juega en ello la voluntad y el carácter del profesor, su condición de humano y su singularidad. De ello trata este breve escrito que, más que un ensayo, borda argumentos en torno a la tesis descrita, provocadores casi todos, sin duda.

Ajustemos el participio *iluminado*. María Moliner, la referencia obligada en estos casos, lo define en su clásico *Diccionario de uso del español* como: “Persona que se cree inspirada por una poder sobrenatural para conocer lo que otros no pueden saber o para llevar a cabo una

misión trascendental". Para ser menos radical que esa definición, diremos que un educador iluminado no es un semidios, no pertenece a una secta, no es un vidente ni tiene poderes sobrenaturales. Es apenas un enseñante que requiere una inspiración, un conocimiento y un compromiso constante para llevar a cabo su misión. En estos tres conceptos (inspiración, conocimiento, compromiso), está la raíz que lleva a un profesor (con conocimiento, capacitado didácticamente, innovador), a ser educador. Añadiríamos a ello dos factores para completar el pentágono: el educador enseña desde el testimonio y es un acompañante que lleva por el buen sendero al estudiante. Está ahí, en el sitio que debe estar, con su fuerza que ayuda y acoge, especialmente al que más lo requiere.

Descendiendo ese pentágono categorial a un nivel de menor complejidad, afirmamos que la conformación del ser docente descansa en una triada:

1. El *conocimiento* de la ciencia que lo definió. Tenemos que poseer saberes para enseñar. No tenerlos hace imposible el trabajo formador.

2. La *experiencia* de los años... el aula, la preparación docente, los viajes, la interacción con otros profesores. La experiencia nos va iluminando a través del aprendizaje continuo.

3. La *emoción* que se expresa en un carácter definido y una tenacidad por asumir que la docencia es una profesión de vida. La más simple y a la vez, compleja de la tres: pasan los años y: ¿mantenemos el brillo y el gusto por lo que hacemos? ¿Aprendimos a querer a nuestra profesión?

Olvidemos por un momento que somos profesores de matemáticas, o de física, o de lectura y redacción, o de economía. Olvidemos que tenemos la obligación, al ser profesores, de enseñar una ciencia. Acojamos la tesis de Nicolás Abbagnano y A. Visalberghi: educar es enseñar a las nuevas generaciones lo mejor de nuestra historia; educamos cuando ponemos en las manos y en la conciencia de los niños y jóvenes de hoy lo más relevante que ha hecho la humanidad. Tener tamaña responsabilidad nos da el estatus de seres iluminados, entendiendo que en lo mejor de la historia está lo que los humanos hemos hecho y las maneras como hemos vivido.

Para no ser tan pretencioso y, aunque pareciera tener en manos una contradicción, permítaseme utilizar como sinónimo profesor-educador. Así, en esa comodidad no científica, afirmo que el profesor es un ser iluminado. Debe serlo para atreverse a participar en la formación de una persona. Pero ser iluminado no es una fantasía, ni un deseo, incluso ni una intención, es un hecho, un concepto, una condición de vida, una manera de situarte en el mundo.

Iluminar, para el caso de un profesor, tiene la confluencia de al menos tres aristas: la escuela ubicada en un tiempo y en un espacio; el estudiante con una historia y una presencia en el mundo; los atributos del profesor. Ningún profesor puede estar realmente irradiando energía, innovando, interesando y generando ideas y conocimiento si ante él, la escuela es un caos y el estudiante no tiene al menos un rasgo que pueda ser explotable. Por

ello, ante las escuelas que son un caos, podrán encontrarse muy probablemente profesores y estudiantes que habitan las penumbras. Para no ser radicalmente idealistas, un profesor iluminado en ese contexto va apagando su luz. Debe luchar o irse, pero no dejar pasar la vida.

Como bien sabemos los lectores de este breve texto, el CETYS no habita en el caos. Más bien, en términos generales, nos pone las condiciones para buscar seres iluminados. A veces con una luz más fuerte pero la luz permanece. Nosotros, los profesores, jugamos nuestra propia partida. Por ello, ante condiciones similares, algunos generan más luz que otros, ello es un rasgo distintivo de los seres humanos. Situados en un tiempo y en un espacio (el tiempo del CETYS), la institución nos condiciona, con su cultura hacia la docencia, una manera de expresar nuestras condiciones de profesores. Las luces que nos enciende son las de: una filosofía educativa y una visión de escuela, espacios adecuados, estudiantes de cierto nivel, programas actualizados, condiciones para la innovación, capacitación, entre otras. En esas circunstancias: ¿Qué rutas hay que seguir para serlo y para permanecer en ello? Busquemos la respuesta en nuestras propias trayectorias.

Parafraseando a Ricardo Piglia (*El último lector*, 2005), la docencia es un arte de la réplica, como la lectura, o como la escritura. En ciertos momentos los profesores vivimos en el mundo paralelo y en otras imaginamos que ese mundo entra en la realidad.

¿Cuándo el profesor es un ser iluminado? Cuando cobra conciencia de que lo que puede imaginar siempre

existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño.

El profesor se ilumina en complicidad con el tiempo y la experiencia vivida. Por ello, su luz al inicio del trayecto puede ser menos intensa pero más osada. El profesor novel está tocado por la irreflexión y la energía que lo desborda; hay en sus actos mucha de ilusión y poco de sensatez. Al paso del tiempo, le pasa lo que a los amantes que García Marquez relata en *Cien años de soledad*: “La cama desmantelada dejó de ser el lugar de desafueros y se convirtió en refugio de confidencias”. En eso se convierte un salón de clases al paso de los años: de ser un lugar fragoroso a un espacio de confidencias. ¿O no? para los viejos profesores, ¿sigue siendo el salón de clases un lugar de desafueros?

El saber mueve al profesor iluminado. Siempre necesita saber, aun cuando cree saber que el conocimiento está cosificado. Necesitamos saber porque somos seres de la tierra y porque a través del saber vivimos. Y en nuestra genética de seres iluminados está el descifrar el brillo de la estrellas, es decir, está el imposible.

Ángeles Mastretta, en su libro *La emoción de las cosas* (2012), tiene dos frases contagiosas. En una de ellas dice que en algunas familias proteger la inocencia es sagrado y romperla un sacrilegio. La otra: en esas mismas familias, si la verdad traía un descalabro, era mejor callarla. Las frases me llevan a plantear lo que Carlos Fuentes identifica en un profesor iluminado: el necesario optimismo para ejercer la docencia. Los hilos de la sensibilidad para saber situarse en un salón

de clases. Escuchar cuando haga falta y filtrar ideas en el momento oportuno, son vitales. Dicha sensibilidad para manejar las emociones no se aprende con una materia o en una licenciatura, pero resulta vital para no mandar la buena relación al despeñadero. Ambiente escolar, lo llamarían los psicólogos educativos.

Hay profesores iluminados que son más audaces que otros. También la iluminación tiene tonalidades. Siembras bosques en vez de sembrar sólo árboles. Cuando son poseídos por la imaginación, dejan la experiencia en la retaguardia, entonces, son audaces e inventan realidades más contagiosas que la alegría.

¿Los profesores iluminados eligen sus milagros? Probablemente sí, y probablemente no lo sepan.

Hay profesores iluminados que van subiendo la escalera al tiempo que otros la van bajando. Los primeros tienen el futuro por delante, los segundos son dueños de la historia. Una conversación entre ambos es necesaria. El primero aportaría la ilusión que probablemente brilla menos en el segundo; este debería decirle que en los días por venir muchas cosas cambiarán, muchas teorías sobre el aprendizaje se pondrán de moda, solo habrá una pregunta que deberá permanecer en los libros que acompañan al profesor en todos los salones de clase: ¿para qué educamos?

Al tiempo que hilvano ideas sobre el profesor iluminado, leo una novela y, casi al final, la protagonista afirma de manera categórica: enseñamos a los hijos a ser libres. Regreso las páginas de ese libro y busco rastros de la frase a lo largo de los capítulos. Advierto que

en ninguno aparece una propuesta metodológica que nos diga cómo le hizo, pero es claro que el relato mismo contiene la esencia de dicha enseñanza. Probablemente porque las decisiones quedaron en manos de ellos (de los hijos) y, por otra parte, ella abriga la esperanza de no haberse equivocado. Formar para tomar decisiones y abrigar la esperanza de no equivocarse, es una de las tareas que enfrenta un profesor iluminado. Y, como bien lo enseña esta novela que leo, no hay un modelo metodológico para ello.

De alguna manera, un profesor iluminado cae de continuo en el delirio de una intimidad expuesta. Tenemos una historia que no es para los diarios pero sí para los libros y, con alguna frecuencia creemos que nuestros alumnos son esos libros que escribimos con palabras que se hablan. Por ello contamos la historia que poseemos. La ponemos al centro del círculo, como canicas que luego vamos sacando una a una, y eso hace que nos invada la alegría. Es pues, el profesor iluminado, un ser dialógico, con un riesgo que siempre hay que cuidar: nuestros alumnos no son nuestros hijos; nuestra historia de vida hay que contarla con mesura y en el sitio adecuado, no vaya a ser que la materia se convierte en *Mi Familia I, II, III*, hasta el infinito.

Dejo por un momento esa parafernalia que nos ha traído la teoría que dice que es el estudiante el que aprende, que los docentes sólo facilitamos el aprendizaje. Si hay algo de verdad ahí, no es mi intención discutirlo —por ahora. El profesor iluminado enseña. ¿Cómo se puede definir el acto de enseñar? Como un

vulnerable equilibrio entre el valor y la soberbia. En ese precario malabarismo están convidados el miedo, la humildad, la vanidad y varias buenas dosis de misterio.

Sigo escribiendo sobre el profesor iluminado y la novela que tengo a un lado me habla a susurros. Voy a ella cuando el llamado es irresistible. Descubro que la protagonista ve la ciudad desde la montaña. Dice estar melancólica, por eso el verano ardiente y una sucia tristeza le tienen tomada la frente. La ciudad mugrosa bosteza entre los minutos lentos. Aun con ello a cuestas, piensa en sus hijos justo cuando cae la lluvia haciendo un ruido como de fiesta de barrio popular. Piensa y afirma que les heredará más alegría que espanto, más avidez que miedo. La herencia cabe perfectamente en el profesor iluminado. Todo nuestro trabajo tiene sentido si heredamos a nuestros alumnos alegría para soportar los fracasos y avidez para buscar las cosas nuevas de la vida. Diría Pablo Latapí: cultivamos el carácter.

Concluiré la argumentación de la tesis del educador iluminado con una idea más, quizás la más idealista de todas:

Dice un estimado colega que los humanos somos seres de la tierra, y de las palabras y conocimiento que inventamos. Y somos muy afortunados por tener esa promesa constante de inventarnos e inventarles palabras a los estudiantes. Y a veces no somos conscientes de esa fortuna hasta que oteamos lo que pasa en el mundo y preferimos regresar a nuestra burbuja. Somos afortunados por haber elegido esta profesión o habernos dejado elegir por ella. Podríamos sentirnos frágiles

por momentos, desamparados en algunos otros, confusos muchas veces, rebasados por generaciones de estudiantes cada vez más situados en un mundo de jeroglíficos complejos, acaso indescifrables. Todo eso podrías tener anotado en nuestras bitácoras, pero lo que nunca podría escribir sería esta palabra: deshabitado.

Los profesores iluminados siempre están listos para volver... siempre, aunque las horas goteen y parezca que el tiempo se suspende. Afuera no hay, como solía decir García Márquez, un viento de piedras ni el polvo ardiente. Hay una realidad que es mucho mejor que la melancolía, una realidad que nos trae palabras, signos, promesas. Con ellas educan los seres iluminados.

Nada más hay por decir.

Mayo de 2017



¿Cuándo el profesor es un ser iluminado? Cuando cobra conciencia de que lo que puede imaginar siempre existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño. —AGR